

## Imperialismo y Siglo XX. Utopía y certezas en la cultura contemporánea

Fabián G. Mossello

Es insoslayable el hecho de que, en el contexto de los finales de siglo, y más aún en un fin de milenio próximo pasado, se planteen problemas que involucren tanto el devenir y objetivos de las sociedades (en formas de teleologías más o menos racionalizadas) como lo que acaece con el hombre en tanto productor concreto de cultura.

Una rápida mirada mostraría que, los modos de situar la revisión de esos objetivos de existencia, han variado y modificado si comparamos las últimas décadas del siglo XIX, con las mismas del XX. Dos finales de siglo, evidentemente marcados por los imaginarios apocalípticos, mesiánicos, y aún eufórico progresistas, que engloban un calidoscopio de prácticas de procesamiento de fin de un período, más o menos convencionalmente determinado. Pero desde la perspectiva que voy a tomar, es posible rastrear regularidades en ambos períodos; una especie de tejido de invariantes que homologan una misma actitud ante el tiempo.

La idea eje de este breve trabajo se centra entonces, a modo de premisa de partida, en que ciertas culturas afrontan sus finales de cronologías, con la elaboración de *utopías eufóricas, prometeicas*, que tienden a expandir un modelo de hombre y de mundo coincidentes con esos valores. En este contexto, aparece como interesante analizar, las operaciones culturales que los *Países Centrales* utilizan y utilizaron para tejer su red de poder y control hacia la periferia del mundo - Latinoamérica, África, etc. - con el pretexto de *elaborar una estructura de previsión* - sus utopías - en el control del recurso eficiente para cada fin de siglo. Por otro lado, aclaro, que el soporte metodológico disciplinar del presente ensayo, no quiere restringir la mirada a un aspecto, sino englobar, a la manera de los estudios culturales, diferentes prácticas sociales.

### 1.

La visión positiva del hombre de fines del XIX, bien conocida y estudiada, tanto en la relación hombre/naturaleza, como en los modos de generar cultura, estaba signada por la esperanza, el optimismo en el control de los recursos eficientes y cierta vectorialidad del desarrollo evolutivo del pensamiento hacia estadios cada vez más perfeccionados. Recordemos tan sólo las Exposiciones Europeas sobre industria y

tecnología de fin de siglo (H. Quiroga fue testigo de uno de estos eventos culturales, estando en Francia; experiencia referida y narrada en un diario de viaje), símbolo de *la utopía de la modernidad*.

El optimismo, nota esencial, trasuntada en heteróclitos modos de cosmizar la naturaleza (Mircea, 1976) y de servirse de ella, pone al hombre - el gran "homo faber" de los países centrales - dentro de una cultura de la manufacturación.

Los "avances tecnológicos" del período que va desde fines de la década de 1850 hasta 1903, aproximadamente; los inventos y nuevos productos de aquel momento, comprenden el proceso de elaboración del acero, la lámpara eléctrica, el fonógrafo, el teléfono, la radio, el automóvil, el tránsito rápido por medio de subterráneos y trenes, el motor diesel, los aparatos de refrigeración y el avión. En este sentido, los finales del siglo XIX fueron testigos de "importantes (...) cambios tecnológicos en lo que se refiere a cosas que afectaban la vida de una enorme cantidad de personas, en lo más básico mucho más que hoy" según Post. C. Robert, presidente de la Sociedad para la Historia de la Tecnología, EEUU.

Como contrapartida, el principio utópico de este período: progreso y optimismo (el arte no escapa a estas euforias como lo constituyó, por ejemplo, el primer momento del *futurismo italiano*) desde el balance de coordenadas actuales - según reza el discurso ecológico contemporáneo - generó el agotamiento y "maltrato" de los recursos que propugnaban dominar.

La *utopía de la modernidad* es un primer ensayo imperial, para conformar un modelo cultural de imposición y control de lo *necesario*. Nuevas palabras se esgrimen en el diccionario de occidentes: velocidad, seguridad, eficiencia, confort, utilidad.

## 2.

Ahora quizás sea necesario jugar, para juzgar y evaluar, con el *otro fin de siglo*, el de nuestra contemporaneidad, y que, sobremodalizándose como *fin de milenio*, presenta algunos contrastes y variantes con respecto a aquella primera utopía desarrollista - la del XIX; variantes sustentadas en los modos que impone nuestro *mundo posindustrial, interconectado y globalizado*.

Esta interconexión, viene coadyuvada por la explosión, desde los *imperios de la producción y la invención*, por el ápex ciber-electrónico, que ha favorecido ciertas operaciones culturales e ideológicas de imposición, no sólo de productos del intercambio netamente material, sino de un tipo de "discurso positivo", vehiculizado por el cine y vídeos, la música, las publicaciones revistas, etc.

El fin de milenio asiste, de esta manera, a un conjunto de operaciones de homogeneización y penetración cultural, con alcance planetario, que funcionan, ya como realimentación de las mismas culturas centrales - los imperios tienen especial conciencia de que la educación (en sentido amplio) del propio, es el mejor modo de poseer al otro - ya como formas de controlar las alicaídas sociedades del tercer mundo.

Ahora, si la interconexión e intercomunicación de culturas, son las notas caracterológicas de estos tiempos, tales especificidades vienen propiciando la aparición de una nueva *utopía*, que intentaré precisar como *central*. Sus características son nuevamente eufóricas, como fue modalizada la de *fin-de-siècle XIX*, encabalgada en un modelo de sujeto cultural que domina lo natural y se pregunta sobre los modos en que se constituye en cultura. Estas preguntas, originadas en prácticas desde los monopolios de los países centrales, específicamente, suponen operaciones semiótico-culturales, que los registros sobre casos concretos, ponen en evidencia a manera de regularidades siempre o casi siempre contenedoras de los mismos sentidos: hacer ver, hacer saber e imponer, muchas veces en forma sutil y didáctica, una lectura del devenir, como desafío de control y dominación. Todo o casi todo es posible para el hombre- cierto paradigma de hombre particularmente racional, y bizarro- dentro de esta utopía.

La *utopía central* está conformada, de esta manera, por la convergencia de distintas fuerzas sociales y culturales originadas en los países, valga la redundancia, centrales, instaurando un horizonte de expectativas gnoseológico que contrasta, con el vaticinado fin de siglo y milenio- XX- inmerso en la indiferenciación y la incerteza. Recordemos que las polémicas, en torno a las categorías de modernidad/posmodernidad esgrimidas para entender las transformaciones histórico-culturales desde los 80 en adelante, manifestaron esta tendencia, en el momento en que se instauraba “la controversia de una época que se siente en mutación de referencias, debilidad de certezas, y proyectada hacia una barbarización de la historia, ya sea por carencias y miserias sociohumanas, ya sea por su contracara: la aceleración de la abundancia para un futuro definitivamente deshumanizado” (Casullo 1993: 11).

Con referencia a estos ejes epocales, sobre los que parece estar construida nuestra contemporaneidad, configurados por la *incerteza*, la *fragmentación*, la *perdida de ejes* y la *caída de los grandes relatos de la racionalidad*, como principios existenciales de las sociedades finiseculares, proclamados por intelectuales, en su mayoría de los mismos países centrales: la lectura del caos en Félix Guattari, los extremos de la ética de la interpretación en Vattimo; las huellas, el resto y las fronteras

en Foucault y Deleuze, entre otros, es posible visualizar ese otro modo de resolver la cronología de final, en la propuesta de un tipo de *discurso neo-racionalista o neo-iluminista*.

Ante el presentimiento de que “habitaríamos una época donde la sensibilidad y la creatividad del hombre enfatizan más la incertidumbre frente a su propia figura y al mundo, que el pensar desde creencias compartidas en la irrefutabilidad de las mismas, para operar sin vacilaciones, a partir de ellas, sobre la realidad” (Casullo 1993: 14) se eleva un *sistema utópico* construido a partir de operaciones culturales, cuyos “decires” toman como bandera aquella *irrefutabilidad* de la cita, para *instalar nuevamente la certeza*.

A esta altura del ensayo, vale una aclaración sobre las apreciaciones ya vertidas. *No toda práctica significativa, proveniente de los países centrales: EEUU, Inglaterra, centro de Europa y el floreciente mundo nipón* (para clarificar las fronteras culturales y políticas que en primera instancia estoy considerando) *debe y puede ser leída en clave de la utopía central*. Esta, constituye una de las tantas *resultantes*, producto de la dominancia de ciertas fuerzas de expansión de paradigmas culturales que invaden, en especial, *el mundo de los medios masivos de comunicación, el mundo de lo cibercomunicacional, el mundo de las grandes estructuras económicas*, para citar tan sólo tres ejemplos. Leer, por ejemplo, a Paul Auster o Grass bajo esta “lupa” sería un desatino.

Por lo tanto, los principios eufóricos de la utopía central, invaden prácticas sociales y culturales demarcadas y focalizadas, en principio, por el universo de la tecno-ciencia, tanto en los modos de construir el espacio “duro” de las elucubraciones teóricas, como en su aplicabilidad práctica, haciendo de lo natural un lugar de imitación y exploración, además de ser éste, un espacio, sobre el que se puede construir la sociedad del confort y el ocio.

Desde esta angularidad, se expande su paradigma constructivo hacia el universo de las ciencias sociales y humanas, incluyendo intensamente a un tipo de literatura, foco privilegiado, a menudo, de la misma cultura tecnológica: *la ciencia ficción*. Esta constituye un espacio estético-inventivo de avanzada dentro de la misma frontera de la utopía. *Es una utopía dentro de la utopía*. Entonces si no hemos llegado al planeta Marte, Ray Bradbury, desde este eje literario, ya lo hizo. En este lugar estético, Issac Asimov y su tecnoescritura significa el lugar más elaborado de la utopía central: desde *Fundación* (1942) hasta *El Robot Completo* (1982) la divulgación científico-literaria ha encontrado a un sólido constructor de mundos posibles, germen de todo un intrincado panegírico del futuro, cuyas novelas recorren el mundo buscando adeptos.

Así, la utopía central se maximiza en sectores cada vez más nombrables pero, paradójicamente, con fronteras menos circunscribidas. Tanto el aparato constructivo del concepto y práctica de la *globalización*, como los desarrollos de la *cibercultura* en todos sus registros, irrumpen, de este modo, en este fin de milenio, con una fuerza inusitada, proponiendo (diría imponiendo) un entramado monológico de certezas, éxitos y mundos perfectos posibles, en el cual es difícil el diálogo intercultural.

### 3.

Esta manifestación imperial que estoy describiendo, no está privada además, de su propia estructura. La utopía central no “desembarca” aleatoriamente, sino que procede recurrentemente a utilizar, un conjunto de *operaciones específicas*, sobre sus distintos territorios de llegada.

En primera instancia, resulta relevante la operación que supone la *conversión*, siguiendo a Michael de Certeau, del *lugar* en *espacio*. El proceso de nombrar, narrar, relatar, son modos de *incluir*, construyéndolas, *topografías de disímiles procedencia*.

El discurso, al territorializar nombrando, homogeneiza, pues sobre todo “ el discurso científico imagina continuidad, es decir homogeneidad, ahí donde hay sino diferencias” (Montaldo 1999: 14), resultando que, aquello desconocido se hace familiar y cercano; nuevos territorios se incluyen ahora en la lista de lo cognoscible: el espacio extraterrestre- cualificado dentro de la utopía central como apacible, solidario y albergue de un futuro promisorio; el espacio virtual de lo cibernético-el ciber-espacio-, que ha demostrado cómo el hombre es capaz de vivir y sentir dentro de un territorio que no es más que representación de sí mismo; por último, los lugares que siendo territorio, como resultado de operaciones culturales anteriores, se re-territorializan por la acción de los agentes centrales. Este último punto es clave para entender un conjunto de operadores reductivos, que fagocitando ciertas representaciones territoriales universales, las re-ingresan modalizadas con otros sentidos: lo indescifrable se ha hecho legible, lo misterioso ahora tiene “luz”, traduciéndose y re-inscribiéndose en los códigos centrales *las voces que ya no podemos entender*.

Entonces los procesos de construcción de territorios, ahora cifrados y nombrados por mecanismos de intelección, que tienen a la *evidencia* como centro, permiten racionalizar al mito de las culturas ágrafas y convertirlo en un relato homogéneo con otras prácticas centrales. La búsqueda de un animal mitológico en las profundidades de la selva amazónica, un caso que se pudo ver en uno de los centros radiantes de esta utopía - el canal de documentales “enlatados” Discovery Channel - tuvo como escenario el encuentro de la antigua cultura Guaraní, del alto Amazonas, y

sus únicos traductores: dos señores educados en Inglaterra. El estatuto de receptor de estas operaciones de territorialización, por medio de las cuales, la región amazónica ya no es más que lo que se está construyendo por la voz de los arqueólogos centrales, propone un sujeto presto a deglutir la única versión.

En este monopolio de la palabra, nadie debe dudar de las traducciones de encriptados jeroglíficos; nadie debe sospechar ante las reconstrucciones de los orígenes del hombre americano; nadie debe sospechar, cuando se le dice que va a suceder con el mundo en los próximos 3000 años.

De este modo, la primera *operación* de territorialización, es completada con una *segunda*, que posibilita la implantación de un nuevo valor: el que soporta la *aparición del sujeto cultural central* que fractura el “todo mundo”, para interpretarlo y controlarlo, organizando las miradas sobre aquellos territorios, en torno a esta nueva evidencia - la de la certeza - que es en definitiva parte y funtivo de un constructo de poder y dominación.

Así la utopía central dispone el tejido de interrelaciones y intersecciones socio-política-cultural, que implican operaciones colonizadoras y organizadoras de territorios, en el sentido que tienen como hacedoras de cultura. Su paradigma de acción está montado en la base misma de la posmodernidad, como momento histórico, pero desviándose tangencialmente del eje de la incertidumbre y la probabilidad que aquella supone, instaurando un modo de decir y ver “positivo”, con pretensiones de planetarización.

De este modo, se debe prestar “muchísima atención a la función que tiene el poder, la autoridad y el dominio en la utopía (preguntándose) quién posee el poder en una utopía dada y cómo el problema del poder es subvertido por la misma utopía” (Ricoeur 1996: 59). La utopía misma, pone a prueba los sistemas culturales, preparando en *no lugar, u- topos*, lo no dado, lo que no tiene un referente estable o definido, pues “¿no es función de la utopía exponer la brecha de credibilidad presente en todos los sistemas de autoridad?” (Ricoeur 1996: 59).

Los imperios se ponen a prueba en sus constructos utópicos, pues, como en el caso que estamos analizando, la clausura del negativismo y la relatividad, impulsan al optimismo radical de esta utopía central, sugiriendo que “ el campo de lo posible queda abierto más allá de lo actual; es pues un campo de otra manera posible de vivir” (Ricoeur 1996: 59).

Desde ese “ningún lugar”, *el sujeto central se extraterritorializa de los lugares comunes*, para habitar la topologías eufóricas “desde las cuales puede echarse una mirada al exterior, a nuestra realidad, que súbitamente parece extraña, (pero) que ya no puede pasar por descontada” (Ricoeur 1996: 53).

El problema que se puede plantear ahora, para finalizar, pero para incitar otras preguntas quizás, es el relativo a la visión del mundo menos desarrollado- categoría que casi siempre es esgrimida como instrumento de medición cultural-económico por los agentes centrales- en torno a esta nueva y vieja utopía.

Latinoamérica en especial, tendrá que estudiar las estrategias a implementar en su presente y futuro inmediato, para integrar y capitalizar por un lado, y negociar y resistir por otro, con las avanzadas de este utopismo, que está imponiendo un desfase monológico permanente e intenso en estas latitudes.

Entonces quizás, instalar el *diálogo* con el *texto emergente de nuestra geocultura*, permitirá defender el lugar, que pasando a ser espacio, nos pertenece con sus propias especificidades.

### **Referencias bibliográficas**

Casullo, Nicolás (comp.) (1993) *El debate modernidad/posmodernidad* (Buenos Aires: El Cielo por Asalto)

Eliade, Mircea (1976) *Lo sagrado y lo profano* (Buenos Aires: Planeta)

Montaldo, Graciela (1999) *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina* (Rosario: Ed. Beatriz Viterbo)

Ricoeur, Paul (1989) *Ideología y Utopía* (Barcelona: Gedisa)